

La Mesa de Santiago: su impacto en Huilquilemu, región del Maule, Chile

The Round Table of Santiago: Its impact in Huilquilemu, region of Maule, Chile

Horacio Hernández Anguita

Encargado de la Villa Cultural Huilquilemu, Universidad Católica del Maule. Avenida San Miguel 3605, Talca, Chile. hhernand@ucm.cl

Recibido: 24 de enero 2018, aceptado: _____

Resumen

El presente artículo da cuenta de las nociones principales y significado que tiene la Mesa de Santiago, Chile, 1972. De sus resoluciones se extrae lo más sustancial e ilustrativo del giro o cambio en la imagen y comprensión de los museos en América Latina, en cuanto entidades al servicio de la comunidad, cuya función social es relevante y a la que debe acceder el amplio público. Es un hito de la nueva museología con repercusiones internacionales. A ello sigue la descripción de la formación del museo de la Villa Cultural Huilquilemu, desde 1975, encarnándose el nuevo espíritu dado por la Mesa de Santiago. Queda así de manifiesto el carácter participativo de la comunidad en la gestación del museo de la Universidad Católica, su rol social y de conciencia, así como de memoria patrimonial en la región del Maule y el país. Toda su voluntad de ser.

Palabras clave: Mesa de Santiago, museo, nueva museología, patrimonio cultural, Huilquilemu, comunidad, servicio, sociedad.

Abstract

The present article reports the principal notions and significance that has the Round Table of Santiago, Chile, 1972. From its resolutions, we extracted the most substantial and illustrative part of the turn or change in the image and comprehension of the museums in Latin America as entities at the service of the community, whose social function is relevant and must be accessible to a wide public. It is a milestone of the new museology with international repercussions. The description of the formation of the Villa Cultural Huilquilemu museum since 1975 follows, embodying the new spirit given by the Round Table of Santiago. The participative character of the community in the gestation of the museum of the Catholic University, its social and conscience role, remain manifest, as well as the patrimonial memory in the Maule region and in the country. It is meant to be so with all due willingness.

Keywords: Round Table of Santiago, museum, new museology, cultural heritage, Huilquilemu, community, service, society.

Introducción

Los retos que hoy tienen los museos en el siglo XXI (Hernández, 2007, p. 4) están marcados por el fenómeno de la globalización. Las simientes conceptuales para abordar tales retos están en el encuentro de 1972, organizado por la Unesco y que es conocido mundialmente como Mesa de Santiago. La nueva museología adquirió allí contenido y de ahí nacieron iniciativas. Aquí se muestra a la Villa Cultural Huilquilemu, museo de la Universidad Católica del Maule, Talca, Chile, como un caso donde se hace presente y encarna el espíritu de las resoluciones y acuerdos de la Mesa de Santiago, particularmente, entendiendo al museo como institución de servicio a la comunidad y como conciencia de la memoria de ella misma. El artículo se hace cargo, en la primera parte, de los contenidos de la Mesa de Santiago y sus propuestas en forma sumaria. Y en la segunda parte, se cuenta acerca del origen, formación y desarrollo del Museo Huilquilemu de la UCM, con la participación de diversos actores y la comunidad regional. Desde el comienzo, el museo universitario es parte conciencia de la comunidad y se entiende al servicio de ella. Por eso, la conclusión hace ver que el Museo Huilquilemu es un caso donde se encarnan las resoluciones de la Mesa de Santiago.

I

La Mesa de Santiago, una nueva imagen del museo

Es indiscutible que la llamada Mesa de Santiago marca un hito trascendental para dar impulso en América Latina a la denominada nueva museología (Azócar, 2007, p 1). El encuentro internacional de expertos ocurre en la 16ª Asamblea de la Conferencia de la Unesco, Chile, 1972, en pleno gobierno de la Unidad Popular del presidente Salvador Allende. Tiempo de grandes trastornos, movimientos sociales, conciencia histórica y crítica. La pugna de los poderes y de variadas fuerzas políticas se hace aguda. Todas las instituciones del país viven alternativas diversas. Para los museos en Chile, heredados de los modelos forjados en el siglo XIX, no había todavía personalidades de renombre que dieran con una conducción certera para la era nueva y sus desafíos.

Sobresale, sin embargo, una mujer venida de Europa, a quien le cupo un rol destacado y relevante en este proceso. Lo tuvo, desde luego, en la preparación y participación de la Mesa Redonda. Ella tenía la mente fresca, la sensibilidad y el aprecio de arqueóloga por el patrimonio cultural, para no perder el rumbo y llevar adelante la tarea hasta en los más finos detalles. Los aires revolucionarios la hicieron más aguda para detectar la necesidad imperiosa de una nueva actitud científica y profesional en los museos. Y sólidamente cauta ante los desprecios o desvalorización que pudiera darse en torno a los mismos. La nueva actitud la entendió ella muy lúcidamente, debía pasar por los trabajadores, animando, así, a la formación y perfeccionamiento de quienes cumplieran funciones en tales instituciones.

El nombre de la Dra. Grete Mostny merece, por lo dicho, un reconocimiento especial. Al frente del Museo de Historia Natural de Chile, inspiró cambios y fue clave

para la jornada internacional efectuada en nuestro país anfitrión, como especialista de primer nivel en las conversaciones, diálogos y debates, acerca del futuro de los museos en el continente. La gran impulsora de este encuentro así se expresó cuando había concluido la jornada:

... los museos deben ser puestos al servicio de la realidad de la vida regional, con sus enormes problemas cuya solución exige la coordinación de todos los esfuerzos. La definición de lo que es un museo –un servicio a la comunidad– ha sido reconfirmada, y más todavía, con la definición del MUSEO INTEGRADO, que salió de las discusiones sostenidas durante diez días, resultó una imagen nueva de esta institución, que deberá ser íntimamente ligada al presente y futuro de la comunidad y no sólo a su pasado o a aspectos académicos como ha sido hasta ahora su actuación en la mayoría de los casos. (Mostny, 1972, p. 3)

Las palabras de Mostny aún conservan su valor y vigencia, constituyéndose en verdadero programa. Recogen en forma resumida y esencial el significado de la Mesa de Santiago. ¿Podemos aquí tomar algunos puntos de esa jornada? Lo haremos espigando algunos tópicos que nos parecen relevantes para ilustrar mejor el propósito de este artículo y hacer memoria de ese encuentro.

Fundamento de las resoluciones

Al revisar las actas de las resoluciones de la Mesa de Santiago, podemos advertir que existe una clara conciencia de la época que se vivía. Esto queda de manifiesto con la siguiente afirmación: “Los cambios sociales, económicos y culturales que se están produciendo en el mundo y, sobre todo, en muchas de las zonas subdesarrolladas, constituyen un reto a la museología” (Resoluciones de la Mesa Redonda de Santiago de Chile, 1972). En efecto, los cambios rápidos y profundos son una experiencia en todas las sociedades y pueblos de América Latina de entonces. Las convulsiones y luchas políticas en el continente hacen más radical esa conciencia. Los procesos son múltiples: sociales, políticos, económicos, tecnológicos, psicológicos, espirituales, culturales, religiosos, etc. Se percibe en forma patente que el hombre latinoamericano vive circunstancias que lo remecen en forma íntegra. Las maneras habituales de habitar el territorio y relacionarse pierden validez e irrumpen saberes y prácticas que ponen en jaque el estado imperante. Dado el mayor protagonismo social y político, los pueblos desean hacerse sujetos activos, partícipes de los procesos y cambios. Desean ser actores de los rumbos hacia los cuales hay que encauzar la historia.

De este modo, surge en los debates de la Mesa de Santiago la necesidad urgente de adquirir una nueva perspectiva para los museos. Estos no pueden quedar de espaldas a lo que se vive. Menos ser garantes de reliquias –por más valiosas que sean– para un público reducido y elitista. No. El museo, nos dirán los participantes del encuentro, es una institución “al servicio de la sociedad”. Esta palabra, servicio, es clave y marca el giro fundamental. ¿Por qué al servicio de la sociedad? Porque los museos son parte inalienable y tienen en su esencia misma los elementos que les permite partici-

par en la formación de la conciencia de las comunidades a las cuales sirven y de las cuales proceden. En efecto, el museo no es una isla: es parte de la comunidad donde nace y se desarrolla. Su razón de ser es la misma sociedad de la cual es integrante, haciendo conciencia de lo que ella es y debe ser. Es conciencia de su memoria.

De lo dicho se desprende un nuevo tipo de museo. Y con ello, la transformación de las actividades museológicas correspondientes, todas las cuales deben generar los cambios graduales en la mentalidad de los propios conservadores y encargados. Tarea nada fácil cuando se está acostumbrado a la rutina de hacer lo mismo. Menos cuando de una condición estática se pasa a una visión dinámica y participativa, que exige voluntades, nuevos pensamientos y disposiciones.

Tres resoluciones

Así, pues, el nuevo tipo de museo puede graficarse en las siguientes tres resoluciones de la carta:

a) La incorporación de otros saberes y disciplinas con centralidad antropológica

Para esta nueva museología que se traduce en un nuevo tipo de museo, es indispensable la apertura de éste hacia las otras ramas que no le son específicas. Es decir, el especialista del museo debe saber dialogar y enriquecerse con otras disciplinas y saberes. Si el museo no puede ni debe ser una isla, su autoconocimiento incluye la abertura a nociones y conocimientos que vienen como aportes de otras ciencias. Los objetos que preserva un museo, por ejemplo, no pueden estudiarse completamente sin tener en cuenta la cooperación de otros saberes en su desarrollo. En el caso del museo, puesto que está al servicio de la sociedad según este modelo, ello supone que el giro de la preservación de los bienes culturales es conscientemente “antropológico”. Es decir, preservamos tales o cuales piezas de museo en razón del significado y sentido que tienen para la comunidad local, regional o nacional. Es para el hombre y los hombres. En ello contribuye, por consiguiente, a la creación de una conciencia del desarrollo antropológico, socioeconómico, político y tecnológico de las naciones de América Latina. En este sentido, podemos afirmar que el nuevo tipo e imagen de museo se parece más al faro que ilumina el entorno, pero que lo hace porque se eleva desde el mismo medio que lo ha puesto allí como referente.

b) Patrimonio en función de la comunidad

Con las resoluciones de la Mesa de Santiago se favorece y alienta al trabajo de equipo y estudios multidisciplinarios. Pero, también, obedece a la conciencia cada vez mayor de que el patrimonio cultural de suyo tiene una función social. En efecto, le es inherente a lo que se entiende por patrimonio de los pueblos y las localidades una significación y sentido que le son propias. El valor, pues, de los bienes que preserva la comunidad está dado por la misma comunidad que los reconoce, en cuanto hace presente la memoria de sí y de su identidad histórica. De ahí la importancia de que los museos intensifiquen su tarea de recuperación del patrimonio cultural para po-

nerlo en función social y así evitar su dispersión fuera del medio latinoamericano.

En esta línea viene a ponerse sobre la mesa el conjunto del patrimonio histórico, antropológico, físico e inmaterial, que la variedad de pueblos originarios forjó y entregó como herencia. Asimismo, el proceso de conquista, mestizaje y sometimiento, a la llegada de los españoles y portugueses, y las hazañas evangelizadoras como los abusos de los que fueron víctimas los aborígenes por los conquistadores. Todo ello es un cuadro de luces y sombras, donde el encuentro de culturas y formas de vida da origen a lo que posteriormente serán las naciones latinoamericanas, en una matriz común. Pues bien, el conjunto de toda esa herencia hay que recuperarla y ponerla en su valor, para hacer conscientes a nuestras sociedades de lo que son. Este servicio a la conciencia propia es su función social, allí cuando los museos ponen todos sus esfuerzos por rescatar sea la historia, el relato legendario o poético, los utensilios y herramientas tanto en la tierra como en el nacimiento de las ciudades, con todo lo que ello implica. El museo, al conservar y hacer consciente la memoria, presta un servicio insustituible a la comunidad.

c) Facilitar el acceso

La tercera línea práctica, que se desprende de las resoluciones, es la accesibilidad. ¿Qué quiere decir esto? Que el museo está llamado a facilitar, en la mejor forma posible, el acceso a sus materiales y, por lo mismo, le incumbe gestionar, ante las instituciones públicas, religiosas y privadas, la posibilidad de acceso a sus colecciones o bienes culturales que preserva. Todo lo cual es coherente con lo anterior, dado que las colecciones de un museo no le pertenecen al titular del mismo. Si bien cada museo está bajo una titularidad, el sentido de la titularidad es que se hace cargo del museo en bien de la comunidad y para que ésta tenga acceso a los bienes culturales preservados. Únicamente, si están accesibles las piezas y objetos, entonces la comunidad podrá apreciar la propia memoria. Ello implica que el acceso sea lo más didáctico posible, lo que exige, a su vez, el estudio e investigación acerca de las colecciones. ¡No basta conservar! Toda conservación de bienes culturales requiere la documentación e investigación para volcarlo en las muestras que tengan la sabiduría pedagógica, adquirida por el diálogo frecuente con el público y la comunidad.

II

El Museo Huilquilemu: un caso de servicio a la comunidad

Las resoluciones de la Mesa de Santiago quedaron allí. Poco a poco, los participantes fueron recogiendo el espíritu de ese encuentro. La nueva museología hacía ingreso en el concierto mundial y las reflexiones del encuentro fueron un estímulo para ulteriores desarrollos. Las circunstancias graves en Chile, tras la Mesa de Santiago, derivaron en el golpe militar del 11 de septiembre de 1973. Tiempos de convulsiones, apremios y transformaciones, con la sistemática violación a los derechos humanos y las libertades cívicas conculcadas, hicieron vivir al país en un estado de emergencia permanente.

No obstante, distante 250 kilómetros al sur de la ciudad de Santiago, el espíritu vivido en la Mesa era recogido por un hombre visionario, Hernán Correa de la Cerda. Poco sabía del encuentro, pero tenía especial sensibilidad por el patrimonio histórico y artístico, en el mismo espíritu de las resoluciones. Un espíritu objetivo del tiempo captó Correa cuando intuyó que había que salvar la “reserva” de una antigua propiedad expropiada a la última dueña, doña Laura Donoso, en 1967, de la casa patronal Huilquilemu, del viejo fundo del mismo nombre y correspondiente a la localidad de Talca. La “reserva”, así llamada, no la quiso recibir la señora Donoso. Así, quedó en manos del organismo estatal que llevó a cabo el proceso, la Corporación de Reforma Agraria, CORA.

Hernán Correa de la Cerda, por el año 1974, en pleno régimen militar, era entonces el director de la Sede Talca de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Una vieja casa de adobe y tejas, con más de 3500 m² edificados, tenía para él la estampa de una memoria muy significativa para la comunidad regional. Consideró, por consiguiente, que la universidad debía realizar todas las gestiones posibles para prestar un servicio a la sociedad: rescatar la casona y su parque y convertir el lugar en un museo y centro cultural, que diera cuenta de las tradiciones del valle central de Chile, favoreciera las expresiones genuinas, exhibiera colecciones de objetos y utensilios representativos de la memoria colectiva y, por último, fuera lugar de encuentro para las expresiones folclóricas, artesanales y de las artes liberales. Todo un programa en torno a la vieja casa de campo chilena, muy representativa de una forma de vida social, económica y política del siglo XIX, que había dejado de existir, pero que tenía especial significación en la conciencia y valoración de la comunidad regional. El 15 de julio de 1976 la propiedad fue traspasada a la Pontificia Universidad Católica de Chile, Sede Talca. Pero, desde fines de 1974, la universidad se hizo cargo del inmueble, bajo la visionaria guía de Correa de la Cerda.

Rescate de la casona y el trabajo en equipo

Una labor notable fue el rescate de la casona de adobe. Ello implicó un trabajo comunitario que la comunidad todavía tenía muy presente. La tierra cruda y la técnica constructiva ancestral permitió hacer lucir el lugar plenamente ya en la década de los 80. Arquitectos, profesores tanto de la región como traídos desde Santiago, contribuyeron con la obra, siempre en espíritu de colaboración. El rescate de la casa, que había sufrido incendios y descuidos, daños en sus muros y tejas, logró pronto el esplendor que le dio el que la hizo, en 1870, el minero José Bruno González Vallejo. Mientras se recuperaban los espacios y salas, se iba haciendo un programa con los colaboradores. En lo arquitectónico, el arquitecto Patricio Gross hizo un gran aporte en el levantamiento planos, diseño y conducción de las reparaciones. A su vez, se elaboró el programa de funcionalidad y destino de cada zona, rincón, sala, jardines o parque. No se piense que esto fuera labor de unos pocos que ayudaron a Hernán Correa. Éste tenía el talento de atraer y cautivar a la comunidad local para una causa que comprendió siempre como servicio a ella.

De ahí que, por ejemplo, la formación de las colecciones del museo constituye una



Figura 1. Frontis del Museo Huilquilemu.



Figura 2. Patio interior del Museo Huilquilemu.

proeza extraordinaria de trabajo en conjunto en y para la comunidad. De entre ella, sobresalen dos mujeres, María Eugenia Donoso Torres, pintora y maestra en el arte del pincel, y Aurelia Baeza Quezada, destacada profesora de artes plásticas, colaboradoras que dieron un impulso de gran valor a la formación de las colecciones.

Los tiempos que se vivían adolecían de cierta desafección hacia las imágenes religiosas, por una parte; es que los cambios traídos por la reforma litúrgica del Vaticano II dieron origen a reacciones que en muchos casos llegaron a que piezas de arte religiosos de valor quedaran abandonadas, ya sea en templos o conventos. María Eugenia

tenía una especial sensibilidad por el valor estético de tales imagerías. Por ello, llevó a cabo una infatigable gestión de rescate. Visitaba parroquias y conventos. Allí donde encontraba alguna figura o tela de valor conseguía que la entregaran al museo en formación. De este modo, se obtuvieron tallas, esculturas, policromados de diferentes periodos, muy significativos de la memoria local. La recopilación en iglesias de Talca y hogares tradicionales que se sumaron a la iniciativa, con el ojo agudo de doña María Eugenia, hizo posible reunir una colección que tiene arraigo: allí está la pila bautismal donde fue bautizado el Libertador y primer director supremo de Chile, don Bernardo O'Higgins Riquelme, el 20 de enero de 1783 en la parroquia de Talca; un Cristo quiteño, tallado en madera y con pelo natural del siglo XVIII, o una pintura también del siglo XVIII, la Dolorosa, cuzqueña.

Cabe destacar aquí también a doña Aurelia Baeza, profesora de generaciones en la ciudad de Talca. Ella recorrió la región del Maule, se internó por los lugares más alejados, tomó contacto con artesanos, acompañó la elaboración de piezas fabricadas según técnicas y saberes autóctonos. Desde Pilén, en la provincia de Cauquenes, hasta Vichuquén en la provincia de Curicó, fue descubriendo las manifestaciones genuinas de artesanos que por aquella época no tenían gran reconocimiento social. Sin embargo, en las localidades, eran referentes y maestros en la confección de la greda, la cerámica, los tejidos con juncos, etc. De tal forma que, a poco de recorrer y documentar, Aurelia obtuvo una apreciable colección de artesanía, a la que se sumaron expresiones de otros pueblos latinoamericanos.

Es que había un esfuerzo por reconocer y acopiar las expresiones culturales más genuinas del alma popular, portadora de una memoria de siglos.

Dígame lo mismo en lo que constituyen otras colecciones, como la de muebles típicos, objetos litúrgicos, utensilios de los campos en la faena de la tierra. Un rescate que sigue siendo materia de estudio e investigación, por la variedad de las piezas. En todo, Hernán Correa inspira, pero siempre busca la colaboración, participando responsabilidades y trabajando en equipo, secundado muy de cerca por Gregorio Mena, que venía de las ciencias químicas y farmacéuticas. Este último derivó a un trabajo de extensión cultural notable en el recinto patrimonial y, en tal grado, que vino en forma natural la declaratoria de monumento nacional de la casa patronal Huilquilemu, en categoría de monumento histórico, el 15 de octubre de 1986. Tal condición no era más que el reconocimiento jurídico, por parte del Ministerio de Educación, de una valoración existente en la comunidad local.

Escritores, artistas, visitas y público

Una página fecunda resultaron ser los encuentros de escritores en la Villa Cultural Huilquilemu. El recinto del museo dio cabida a periódicos encuentros anuales, donde se congregaron escritores de la región del Maule para compartir el arte común. Nombres de relevancia nacional se dieron cita año a año en Huilquilemu. La escritora, poeta y pintora que lideró estos encuentros fue Emma Jauch. Autores locales se congregaron en la casona a compartir experiencias. En estos encuentros se realizaron

“estudios-homenajes a poetas y escritores relevantes a nivel nacional e internacional, como en 1993 a Pablo Neruda y Pablo de Rokha, cuyos poemas fueron presentados por Humberto Duvauchelle” (Jauch, 1995, p. 41).

Resulta imposible dar cuenta aquí de la variedad de actividades y personas que se han congregado en la casona de Huilquilemu. El museo fue entendido desde los comienzos no solo como lugar de preservación de piezas patrimoniales de la región. Durante 40 años y desde que se puso en marcha el proyecto Villa Cultural Huilquilemu, en 1975, escritores locales como Manuel Francisco Mesa Seco, Carlos René Correa, Augusto Santelices o Matías Rafide participaron en frecuentes tertulias literarias; estudiosos del folclor como Oreste Plath, historiadores como Jaime González o el monje benedictino Gabriel Guarda se dieron cita también con la participación de audiencias muy significativas. No han faltado las visitas destacadas de ministros de gobierno, parlamentarios o figuras eclesiásticas, como el cardenal Raúl Silva Henríquez, el obispo de Talca don Carlos González, el nuncio apostólico Piero Biggio.

El museo desempeña así una función social notable y la comunidad reconoce en él un conjunto de símbolos, manifestaciones culturales y de tradición, por los cuales ella se expresa. Por eso, nacen iniciativas diversas en torno a las colecciones: difusión y educación museográfica con estudiantes de la región, presentaciones musicales y conciertos, seminarios de estudios locales, históricos, científicos y humanísticos, presentaciones folclóricas, jornadas de reflexión de estudiantes, recitales de cantores populares, sesiones de estudios y relatos, encuentro de escultores, etc. Entre las colecciones religiosas, llaman la atención en forma especial objetos que pertenecieron al obispo Manuel Larraín, fundador del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), y una colección de pesebres artesanales de gran belleza y variedad. Todo lo cual implica la presencia permanente no solo de visitas como las señaladas, sino y, sobre todo, la asistencia masiva de escolares, familias, turistas, investigadores, incluso extranjeros.

Lo dicho da cuenta de un dinamismo vital que va hacia y brota desde el museo Huilquilemu. Aunque la exhibición permanente, hacia la década del 2000, carecía de actualización y profesionalismo, el valor de la muestra y el lugar marcó generaciones en la región del Maule y siguió siendo referente en el ámbito del patrimonio cultural local, como lo revela nuestro libro *Huilquilemu: relatos de nuestros abuelos* (Hernández y González, 2016).

Desde el terremoto hasta el presente

El terremoto del 27 de febrero de 2010, producido en la región central de Chile, tuvo un efecto devastador en la región del Maule. En forma sorprendente, la casona de Huilquilemu permaneció en pie, a diferencia de muchas edificaciones en adobe de la zona, que se desplomaron o fueron reducidas a escombros. La Universidad Católica del Maule tiene el mérito que desde el comienzo tuvo la voluntad de preservar el patrimonio arquitectónico de la Villa Cultural y, de inmediato, se tomaron medidas de emergencia, pues las secuelas del sismo obligaron a cerrar el recinto. En un tiempo

que duró dos años se repusieron todas las tejas y se habilitaron los espacios.

La situación exigió que simultáneamente se gestionara el Proyecto de Restauración y Puesta en Valor del Monumento Histórico, con fondos públicos. Esta labor exigió un proceso de reflexión del camino recorrido desde la fundación del Museo y Villa Cultural de la UCM. Lo cual demandó una elaboración teórica, estudios de la localidad y de público, conocimiento, inventario y clasificación de todos los bienes culturales, estudio de suelo, del parque y diagnóstico crítico del inmueble. Aunque todas las piezas de la colección permanecieron en depósito, los nuevos impulsos vinieron del convenio marco de colaboración entre la Universidad Católica del Maule y la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos (DIBAM), firmado en diciembre de 2011. El trabajo, pues, de reflexión museológica se vio enriquecido por el aporte de expertos y asesoría de la DIBAM, y de profesionales de las consultorías que realizaban los trabajos de campo, hasta llegar al diseño íntegro de la restauración de la vieja casona, en lo arquitectónico y constructivo, pero sobre todo, con una propuesta según la nueva museología y los actuales recursos didácticos de la museografía. El consultor que llevó adelante el proyecto de diseño fue el arquitecto Patricio Gross, de tal modo que, dado el conocimiento que tenía del lugar y el equipo de excelencia que trabajó con él, da a luz una propuesta estupenda, que pone en la vanguardia la exhibición de la casona, la muestra museográfica y los espacios destinados a las actividades culturales y masivas con el público asistente.

Conclusión

Nos hemos detenido, en la primera parte de este artículo, a reflexionar sobre la llamada Mesa de Santiago, sin ser un exégesis exhaustiva, haciendo conciencia de lo que podríamos decir son las líneas maestras de aquel memorable encuentro, que es reconocido mundialmente como un hito en el ámbito de museología. En efecto, desde aquella jornada, la institución museística y los que laboran en él se entienden a sí mismos como parte integrante de la sociedad, medio donde están insertos, y además conciencia de toda la comunidad. Por ello, el sentido de la preservación del patrimonio que realizan los museos está dado por su función social y de servicio a la comunidad, sea local, regional o nacional. El museo es entonces memoria viva y consciente de la comunidad que reconoce y valora los bienes culturales heredados y por los cuales se proyecta hacia el futuro. Esta es una visión dinámica, participativa y democrática de los museos, que deben estar abiertos a todos los públicos, facilitar los accesos a las colecciones y muestras que realicen, y siempre concebidos como servicio, con una labor en equipo, multidisciplinar de estudio y difusión, cuyo centro es antropológico y la comunidad a la cual se debe.

Pues bien, el caso ilustrado en la segunda parte de la Villa Cultural Huilquilemu de la Universidad Católica del Maule, Chile, cuya fundación como museo y centro cultural es de 1975, pero cuya construcción es del siglo XIX y posee una rica historia, revela una experiencia ilustrativa de sintonía con el espíritu renovador propuesto en la Mesa de Santiago. Hernán Correa ejecutó las resoluciones de ese encuentro, porque eran las voces de los tiempos. Así, desde el inicio, el Museo Huilquilemu congrega a

visitantes no solo para disfrutar de las muestras. El lugar es irradiación de iniciativas, espacio privilegiado de manifestaciones culturales, recinto que congrega a expertos del patrimonio y la cultura y, sobre todo, al amplio pueblo, con sus costumbres, sus bailes y cantos, actuaciones de teatro o ferias y encuentros folclóricos.

Tras el terremoto de 2010, lo realizado hasta esa fecha, que había sido con escaso profesionalismo, pero con mucha mística y entrega, adquiere mayor conciencia, reflexión teórica y práctica. La nueva museología con el espíritu de la Mesa de Santiago ya es carne y vida. Huilquilemu es un lugar de valor trascendente y simbólico porque su gente reconoce y aprecia el servicio que ha prestado, favoreciendo convocatorias múltiples. Los muros, la espacialidad privilegiada, el entorno de la belleza natural en los jardines, parques y corredores han estado habitados por la presencia de quienes sienten Huilquilemu como espacio público. Y eso es lo que la Universidad Católica del Maule y el equipo que está a cargo procuran mantener, siempre, con esa vocación constante de Huilquilemu que es “voluntad de ser...” (Correa de la Cerda, 1995, pp. 19, 20). Voluntad de ser que está acorde al modo de cómo se entiende el patrimonio cultural, en el sentido de que jamás hay que olvidar que todo bien cultural tiene en sí mismo “su razón de ser social” (Querol, 2010, p. 13).



Figura 3. Lanzamiento del libro sobre Huilquilemu.

Referencias bibliográficas

- Azócar, M. A. (2007). *A treinta y cinco años de la Mesa Redonda de Santiago*. Recuperado de http://www.dibam.cl/dinamicas/DocAdjunto_991.pdf
- Correa, H. (1995). Huilquilemu, voluntad de ser. *UCMaule*, 19, 19-20.
- Hernández, F. (2007). La museología ante los retos del siglo XXI. *e-rph*, 1, 333-358. Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4013092.pdf>
- Hernández, H., y González, A. (2016). *Huilquilemu: relatos de nuestros abuelos*. Talca, Chile: Ediciones Universidad Católica del Maule.
- Jauch, E. (1995). Proyecto de creación de un fondo literario de la región del Maule. *UCMaule*, 19, 41- 42.
- Museo Nacional de Historia Natural. (2014). *Grete Mostny (1914-1991)*. Recuperado de http://www.mnhn.cl/613/articles-5237_archivo_01.pdf
- Querol, M. (2010). *Manual de gestión del patrimonio cultural*. Madrid, España: Akal.
- Resoluciones de la Mesa Redonda de Santiago de Chile*. (1972). Recuperado de http://www.ibermuseum.org/wp-content/uploads/2014/07/copy_of_declaracao-da-mesa-redonda-de-santiago-do-chile-1972.pdf